

Padre José Kentenich, un testimonio vivo de vida sacerdotal

José Kentenich, ya en su infancia descubre su anhelo al sacerdocio y su disposición para lo religioso. Así lo expresa en una pequeña oración que él mismo formula de niño.

“Dios te salve, María. Por tu pureza conserva puros mi cuerpo y mi alma, ábreme ampliamente a tu corazón y al corazón de tu hijo.”

En su primera Comunión le cuenta a su madre su deseo de ser sacerdote. Y ella le responde: “Hijo, entonces tenemos que rezar mucho.”

Él mismo explica casi 50 años después que “no sería difícil descubrir en esa oración la raíz de lo que más tarde sería y se alimentaría toda la espiritualidad de la Familia.”

Katharina, la madre de José Kentenich sabe lo difícil que era para su hijo aspirar a ser sacerdote por su condición de madre soltera. El Padre Savels, amigo de la familia, había oído hablar de una joven congregación religiosa, los Padres Pallottinos, que se acababan de establecer en Alemania. Formaban sacerdotes misioneros para Camerún y para ello también buscaban en los orfanatos.

José Kentenich pudo ingresar en el seminario menor en Ehrenbreitstein y en 1899, donde halló una comunidad de jóvenes que aspiraban a su misma meta. No obstante, había que obtener dispensa de la Santa Sede y del Generalato de los Pallottinos en Roma, para poder “subsana la irregularidad” de ser hijo natural y ser legitimado reglamentariamente. Así, en 1907 José Kentenich recibió la dispensa y quedó legitimado oficialmente.

Fue una etapa difícil para él y decidió callar el sufrimiento de ser hijo natural. Este silencio fue una decisión de su autoeducación y medio de protección de su persona. Y lo quiso ver a la luz de la Divina Providencia. Y en esa luz vio y custodió durante toda su vida sacerdotal los secretos del destino de muchas personas que se le confiaron. Por respeto a la dignidad del otro quería que se protegiese los “secretos del alma” y “secretos de familia”.

En 1904 llegó a Limburgo, la casa matriz de la Provincia pallottina, donde pasó los años de preparación al sacerdocio. Su formación incluía 6 años de estudio de teología y filosofía, que comenzaba en el segundo año de noviciado y finalizaba seis meses después de la ordenación sacerdotal.

La predisposición de JK a la independencia y a su afán de libertad no armonizaba con la estrechez de su maestro de novicios, el P. Peter Girke. Así que el novicio pidió permiso para poder hablar sobre sus asuntos con el rector, el P. Michael Kolb.

Todo su afán era ser santo. Todas las anotaciones personales de esta época relativas a su autoeducación, revelan que se empeñaba en pulirse y corregirse. A pesar de sus esfuerzos, no se avenía con aquella severa educación tradicional; así la espiritualidad de San Francisco de Sales le ayudó a ir descubriendo su camino.

Ya en este tiempo comienza a madurar y a despuntar en él un nuevo tipo de comunidad religiosa. Posteriormente, como fundador, él siempre alentaba a educar desde adentro y advertía sobre el peligro de imitar, sólo porque lo hacen los demás.

En este tiempo de peregrinación para el sacerdocio, era costumbre elaborar un “programa de vida” personal y él destaca, entre otras cosas: “Dios es mi origen; Dios es mi meta. El tiene que ser también el faro de mi vida, el eje de todos mis ideales... todo mi empeño y mi esfuerzo... ha de tener como objetivo la conformidad con la voluntad divina...”

Transcurrido el primer año de noviciado comenzó la etapa de estudio. Se aliviaron algunas cosas para JK, había nuevos objetivos en el área intelectual. Pero con ello, también se intensificaron algunos problemas.

Cada vez más se sumerge en el estudio y en sus cuestiones filosóficas teológicas. Sus ansias de verdad le hacen que discuta continuamente con los profesores, lo que le acarreó problemas, que llegaron incluso hasta el momento de su admisión perpetua.

A estos problemas se le suma otra lucha más por su sacerdocio: en 1907 el seminarista Kentenich fue dispensado del estudio por tuberculosis. Temía sobre su admisión a la profesión religiosa, no sólo por la salud precaria, sino por la carga psicológica de la incertidumbre de nuevos brotes. A ello había que sumarle además las luchas interiores espirituales – lo que él después denominará como “luchas juveniles”, que le duraron en Limburgo hasta 1910 – casi diez duros años escribiría él posteriormente. Debía ser un proceso de maduración en la verdad, con la verdad y para la verdad, en un momento en el que la razón y el intelectualismo acentuado no dejaban lugar para la fe, el espíritu y la vida.

El camino durante sus años de estudio en Limburgo estuvo marcado por una pesada carga física, psíquica y espiritual, y por la soledad. La experiencia de soledad iba más allá del desamparo humano y familiar. Ni siquiera el P.Kolb pudo ayudarlo, si bien éste siempre le brindó su protección y estima. Tampoco sus compañeros le comprendían, incluso se burlaban. Con los profesores chocaba en sus debates o no comprendían sus interrogantes y problemas.

En una carta a Josef Fischer escribe: “Ni la menor huella de felicidad y contento espirituales” y en sus apuntes personales pone: “El sentimiento de felicidad deja mucho que desear.”

Sin embargo, echando una mirada retrospectiva, JK considera su soledad como preparación para su ulterior actividad de fundador, que exigiría de él independencia en el pensamiento y en la acción. Y escribe al respecto:

“El haber crecido en una profunda soledad – propia del desierto – en el plano psíquico y espiritual permite comprender fácilmente que desde temprano adquiriese una relativa libertad frente al favor o desfavor de la gente, la alabanza o la represión, la aceptación o el rechazo”.

Así, él no se resigna ni desespera, sino se mantiene fiel a su visión de sí mismo y a su vocación al sacerdocio.

Un punto culminante de este estar abandonado a sí mismo fue en 1909, inmediatamente antes de la profesión perpetua, cuando se enteró sorpresivamente de que no había sido admitida a ésta. El P.Kolb lo relata:

“Entre tanto, el seminarista Kentenich había hecho la primera, la segunda y la tercera profesión y debía ser admitido a la perpetua en 1909. En mi calidad de rector, yo no tenía duda alguna al respecto, ni las había escuchado en ninguna otra parte. Pero cuando fue tratado su caso en la sesión del Consejo Provincial, se plantearon serias dudas sobre él que no logré aventar. Cuando se votó, hubo tres votos en contra y dos a favor. De ese modo quedaba decidida su no admisión a la profesión perpetua y su consecuente despido...

Al otro día lo llamé y le pregunté: “Se enteró ya del resultado de la consulta?” - “Disposición divina”. “Qué piensa hacer ahora?” “En primer lugar, obtener el bachillerato en filosofía y teología.” Allí estaba él ante mí: flaco, pálido, delicado de salud. Sin embargo, habló con sequedad, por así decirlo. Me saltaron las lágrimas. Lo despedí diciéndole que, de momento, no hiciera nada”.

Cuatro semanas después el P. Kolb consiguió convocar una nueva sesión del Consejo. Logró convencer a uno de los miembros que se había hecho injusticia con él. Éste cambió entonces su parecer y en la nueva votación se dictó a favor de la admisión de J.Kentenich, si bien con la condición de que a pesar de sus talentos intelectuales, no debía hacer ningún estudio universitario.

La aspiración a la santidad, a la perfección no queda paralizada por los acontecimientos internos y externos. “El deseo de perfección ha aumentado mucho. Tanto más tomo conciencia de mi miseria y debilidad”.

El P.K. considera sus años de Limburgo como periodo de sus “luchas juveniles”; sin embargo, fueron más que eso. No se trató de una lucha por encontrarse a sí mismo y por la maduración, luchas propias de la edad. Más bien, fueron intensos debates existenciales con una meta. Sus declaraciones posteriores sobre estos conflictos están estrechamente relacionados con la misión original para la época y que tenía que cumplir como fundador.

“Lo que en todos esos años me permitió conservar la fe fue un amor profundo y sencillo a María. El amor a María nos infunde siempre esa manera orgánica de pensar. Las luchas terminaron cuando fui ordenado sacerdote y proyecté hacia afuera, di forma, modelé el mundo que llevaba en mí. Las perpetuas cavilaciones se curaron asumiendo la vida diaria común. Esa es también la razón de por qué comprendo tan bien el alma del hombre de hoy lo que causa tanto daño en Occidente. ¿A quién le debo

todo?...sin duda, de la Madre de Dios. Así pues, junto con la enfermedad experimenté en carne propia el remedio en abundancia”.

“Durante esos años el alma se mantuvo en cierto equilibrio gracias a un profundo amor personal a María...Las experiencias cosechadas durante esa época me permitieron formular más tarde la siguiente afirmación: La Madre de Dios es por excelencia el punto de intersección entre el más acá y el más allá, entre el mundo natural y sobrenatural”.

En el cultivo de la devoción mariana José Kentenich hace una importante experiencia: la Madre del Señor infunde certeza y seguridad en la fe.

“Quizás ustedes vislumbren que un tierno amor a la Madre de Dios genera efectivamente una apertura a lo religioso, una apertura que no es fácil de superar...si observamos un poco el orden natural...si contemplamos el caso de personas que durante su vida abandonaron la religión... a menudo constataremos que más tarde revive en ellos lo que han escuchado de su madre, lo que han escuchado siendo niños, siempre y cuando esas cosas fueran profundamente serias. Y con mayor razón aun cuando existió un amor realmente ferviente a su madre, a su madre carnal”.

Una vez concedida la admisión definitiva, Mons. Vieter ordenó diácono al seminarista Kentenich en marzo de 1910 y se ordenó sacerdote el 8 de julio de ese mismo año. La ceremonia fue en la Casa de las Misiones de Limburgo. Celebró su primera misa el 10 de julio en esa misma capilla, asistido por su Provincial, el P.Kolb.

Para la estampita recordatoria de su primera misa, José Kentenich eligió la oración:

Concede, Dios mío, que todos los espíritus se unan en la verdad y todos los corazones en el amor. Sagrado Corazón de Jesús en vos confío. Sagrado Corazón de María sed la salvación mía.

Verdad y amor son los dos valores fundamentales por los que luchó por su tiempo de juventud y seminario y que halló solución en la unión armónica de ambos.

La verdad y el amor se convierten así – mirándolo retrospectivamente – en el fundamento de su vida y en las fuerzas que sostienen su fundación.

En su primera misa, su madre le regaló una cruz grande de madera con una dedicatoria personal: “Querido José: esta cruz te la regala tu madre para tu primera misa”. Esta consigna determinó también su vida posterior: la cruz se convirtió para él en símbolo de elección y de particular seguimiento de Cristo.

“José estuvo clavado en la cruz desde la cuna hasta la tumba”, diría su primo Henriette.

A la luz de la cruz el Padre Kentenich desplegó su carisma especial, sirviendo creativamente a la misión que Dios le había confiado. Así llegó a ser un sacerdote maduro que ayudó – y ayuda – a incontables personas a llevar con alegría su cruz, a tener una honda vivencia de la fe. En sus bodas de plata sacerdotales dio el siguiente testimonio ante todo el Movimiento de Schoenstatt:

“Sí, también sé y admito con gusto que hay pocas vidas de sacerdotes tan extraordinariamente bendecidas como lo fue la mía. Lo que yo he llegado a ser, lo que se ha generado a través de mí y lo que se ha generado a través de ustedes, se ha generado por obra de nuestra Madre tres veces Admirable de Schoenstatt”.

Limburgo

Limburgo cumple 1100 años

En el año 910 se nombra por primera vez con el nombre de Lintpurc. Parece que se asentó alrededor de un castillo que data del siglo VII. La historia de la ciudad está vinculada a la historia del convento “San Jorge” (1206-1235) sobre el que se construyó la catedral. A los pies de ésta se construye la parte antigua de la ciudad medieval.

La catedral

Seguramente el conde Enrique de Nassau hizo construir la catedral en 1206 sobre el emplazamiento de la antigua iglesia de un convento del siglo VI. Se consagró en 1235 como iglesia parroquial y conventual bajo la advocación de San Jorge y San Nicolás de Myra. Pertenece al arte románico típico del Rhin con elementos de transición al gótico.

Desde que Limburgo es sede episcopal (1827), la catedral es la iglesia catedralicia de la diócesis.

Es una basílica de 3 naves, ejemplo de transición entre el románico tardío y el gótico temprano. La arquitectura religiosa medieval con 7 torres simboliza los 7 sacramentos. 7 es la suma de 3 más 4: las tres virtudes teologales y las cuatro cardinales, 3 por 4 son 12 que representan los 12 apóstoles y las 12 tribus de Israel.

Las torres más altas, que miden 54 metros, forman la típica fachada oeste. Esta estructura es muy común en la zona del Rhin. Al fondo otra torre con cimborrio (tiene como misión el cimborrio iluminar el crucero a través de los huecos en él practicados y dar realce exteriormente a esa zona tan singular del templo).

El frente oeste está dividido en 5 pisos. Llama la atención el gran rosetón entre las torres, rodeado de pequeños rosetones, que simbolizan los cuatro evangelistas.

En el interior, bóvedas de crucería con arcos que empiezan a apuntarse (a estirarse), hay arcos lobulados y dobles arcos. Los pilares constan de racimos de columnas.

La policromía exterior de la fachada es blanca, roja, ocre, negra y un poco verde.

La catedral se construyó en cuatro fases, siendo la última la que recoge la influencia gótica, entre otras de la catedral francesa de Reims. Del románico tenemos la sólida construcción, del gótico el interior que se eleva hacia lo alto y la luminosidad.

El lugar donde se encuentra situada la catedral es sobresaliente: sobre una roca a orillas del Río Lahn, majestuosamente visible desde lejos. El interior de la catedral simboliza la Jerusalén celestial. La nave principal está ordenada como la calle de una ciudad – Jerusalén; las naves laterales y la galería forman los diferentes pisos con sus entradas y ventanales. Las pinturas de las paredes narran historias bíblicas. La planta refleja una cruz, el altar se encuentra en el centro, el crucero.

La pintura anunciaba la buena nueva. En aquella época muy poca gente sabía leer o escribir. Por eso la pintura ayudaba a visualizar el mensaje de la Sagrada Escritura. Las paredes y los artesonados están cubiertos de pinturas policromadas sobre diferentes escenas bíblicas. A lo largo de los siglos han ido perdiendo su color, las diferentes reformas por descuido o negligencia lo han ido estropeando, sin embargo aun se puede observar la plenitud de la piedad y de la capacidad de plasmación medievales.

Fuente: Guía de peregrinación schoenstattiana a Limburg/España